

«A Cicerón le cortaron las manos con las que escribía, la cabeza con la que pensaba y la lengua con la que se expresaba», dice Josep María Pou, que ha estado interpretando los pensamientos del orador, abogado y político romano de plaza en plaza desde que estrenó *Viejo amigo Cicerón*, en julio de 2019 en el Teatro Romano de Mérida. «Le mataron por defender su concepto de la democracia», añade Pou, que de puro entusiasmo leyó obras de, y sobre, Cicerón, como la trilogía de Robert Harris: *Imperium*, *Conspiración* y *Dictador* (los tres en Grijalbo).

«Llenaba los estadios como hoy un rapero», dice a este periódico Pou (52 años de profesión, 45 personajes en el teatro, 50 películas). Y tiene muy clara su vigencia: «Me identifico cuando dice que todo ciudadano tiene la obligación moral

de implicarse en la mejora de su comunidad».

Viejo amigo Cicerón ha sido vista y escuchada en 30 ciudades por más de 50.000 personas y volverá a representarse, sin fechas aún fijadas. Emilio del Río, doctor en Filología Clásica por la Universidad Complutense y profesor titular de Filología Latina, conoce ese interés, hoy en alza, por el mundo grecolatino; no en vano es autor de dos libros de divulgación (*Calamares a la romana* y *Latin Lovers*, ambos en Espasa) en los que a través del humor *cuela* el legado latino. «Cicerón [Arpino, 106 a. de C.–Formias, 43] es un modelo intelectual y personal. Reconocer nuestras limitaciones, nuestros errores, aprender de ellos, buscar el bien común por encima de todo, comprometerse con los asuntos comunes... Todo esto es Cicerón», comenta a este periódico el también colaborador de *Las mañanas de Radio Nacional* con su espacio *Verba Volant*.

«Marco Antonio no le perdona a Cicerón los

EL EJEMPLO DE CICERÓN: LA DEMOCRACIA POR ENCIMA DE LA AMISTAD AUNQUE SEA LA DE CÉSAR



Un pensador muy actual. Una obra protagonizada por Josep Maria Pou muestra la vigencia de quien escribió sobre la amistad, la vejez y murió por denunciar la dictadura... hace 2.100 años

discursos contra él y en el pacto con Augusto (en el que traiciona a Cicerón y le deja tirado, no le protege) pide la cabeza de Cicerón. Literalmente. Se la llevan, y Fulvia, la mujer de Marco Antonio, le clava alfileres en la lengua cuando le ofrecen la cabeza y las manos. Hay un cuadro de Maura y Montaner de 1888 en el Prado sobre ese momento que representa el fin de la democracia. La humanidad tardó más de 1.800 años en volver a votar en democracia. El gran Stefan Zweig le dedica el primero de los capítulos de esa obra imprescindible que es *Momentos estelares de la humanidad*. Su cabeza cortada y con alfileres en la lengua es una 'trágica alegoría de la república crucificada'.

Una de las disyuntivas clave en la trayectoria de Cicerón fue la elección entre ser fiel a sus ideas (la defensa de la democracia) o la amistad (Julio César), que se ve reflejada en *Viejo amigo Cicerón*, dirigida por Mario Gas con texto de Ernesto Caballero: «Estoy decidido a dedicar todos mis esfuerzos al servicio del Estado. No puedo quedarme al margen en estos momentos. Nos jugamos la libertad».

Emilio del Rey razona esa difícil elección, puesto que Cicerón «valoraba la amistad como una de las cosas que dan sentido a la vida, pero entre la democracia y la amistad personal, lo primero para él era la democracia, las libertades públicas. Él vio venir claramente las intenciones de César de ser un dictador y alerta contra esa pretensión. Pero no intervino en su asesinato, de hecho se lo ocultaron los que lo hicieron porque sabían que no estaba a favor de la

Pompeyo y Craso, Julio César le intenta comprar ofreciéndole un alto cargo, que rechazó, evoca Del Río. Harto, pero finalmente fiel a lo que considera su deber al Estado, regresará en dos ocasiones de su retiro a la arena política de Roma.

Luis Alberto de Cuenca, doctor en Filología Clásica, traductor y ensayista y poeta, agrega otro matiz sobre la relación entre Cicerón y Julio César. «No era un moralista, sino un político sobre todas las cosas. Cuando se enfrentó a César lo hizo porque calibró que era mejor opción política para él la República que el Principado (que luego, con Augusto, desembocaría en el Imperio)».

ORADOR BRILLANTE

«¿Hasta cuándo realmente, Catilina, vas a abusar de nuestra paciencia?». Así arranca la intervención de Cicerón ante el Senado el año 63 antes de Cristo, uno de los ejemplos más claros de la elocuencia de la Historia. «¿Durante cuánto tiempo todavía se burlará de nosotros esa locura tuya? ¿Hasta qué límites hará alardes esa osadía tuya sin freno?».

Antonio Ramírez de Verger, catedrático de Filología Latina de la Universidad de Huelva y autor de la edición de las *Catilinarias* en Cátedra, recuerda que Cicerón se anticipó al golpe de Estado que preparaba Catilina denunciando su trama y a sus cabecillas. Más allá del caso concreto, el erudito explica a este diario: «En la antigüedad existían dos escuelas de oratoria: la aticista y la asianista. La primera destacaba por su prosa directa, concisa y sin grandes períodos o frases largas. La asianista disfrutaba con los períodos largos, intercalados de oraciones, y con un final brillante. Cicerón era en este sentido normalmente asianista, aunque sabía practicar los dos estilos. Salustio, el que escribió una monografía sobre la conjuración de Catilina, es el reverso de Cicerón con un estilo conciso, antitético y directo. Yo me quedaría con un término medio, aunque no olvido

JOSÉ MARÍA POU, PROTAGONISTA DE 'VIEJO AMIGO CICERÓN': "ME IDENTIFICO CON ÉL CUANDO DICE QUE TODO CIUDADANO TIENE LA OBLIGACIÓN MORAL DE IMPLICARSE EN LA MEJORA DE SU COMUNIDAD, QUÉ CERCA ME SIENTO DE SU HUMANISMO"

que en la Antigüedad el oído disfrutaba más con los períodos musicales de Cicerón».

Luis Alberto de Cuenca apostilla que Cicerón utilizó la oratoria forense en infinidad de ocasiones, y casi siempre con éxito. «El caso de Catilina es controvertido. Ni era tan malo Catilina ni tan bueno Cicerón. Hay una novela maravillosa de Ángel María Pascual, titulada *Catilina*, que ayuda a desterrar tópicos».

No se dejaba nada al azar en aquella época. Ramírez de Verger agrega que «los oradores clásicos se habían ejercitado en la oratoria desde pequeños. Cuando llegaban a la juventud, muchos de ellos proseguían sus estudios en las mejores escuelas de retórica de Grecia. Elaboraban los discursos pasando por las cinco fases de su oficio: 1) búsqueda de ideas apropiadas (*inventio*); 2) distribución de los asuntos (*dispositio*); 3) la expresión en palabras y frases idóneas (*elocutio*); 4) memorizar lo elaborado (*memoria*); y 5) la puesta en escena (*pronuntiatio*). Nada, pues, era improvisado y actuaban sin apoyos de ninguna clase: pura oralidad controlada y adaptada a cada situación».

Otra cuestión es si los oradores utilizaban su pericia para usos poco éticos. «El orador utiliza la elocuencia como instrumento de confrontación. Cicerón podía actuar de abogado defensor o de fiscal acusatorio. Pero, aparte de su papel como abogado, siguió la inmortal definición de orador: 'homo bonus dicendi peritus', 'hombre bueno experto en hablar'. Su sana libertad de expresión en los valores republicanos lo llevó a la muerte a manos de los secuaces de Marco Antonio».

HOMBRE VERSADO

¿Quién fue, realmente, Cicerón? Plutarco, en su monumental *Vidas paralelas*, elogia sus amplios saberes: «Hombre versado en muchas disciplinas, y que a fuerza

de estudio sobresalió en toda clase de letras, no sólo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela académica, sino que aun en los discursos escritos para las causas y las contiendas del Foro se ve claro su deseo de ostentar su erudición literaria».

Logró gloria y respeto sin que lo tuviera fácil, pues su familia no era aristocrática; es decir, un *homo novus*. Combinó «su habilidad natural para la oratoria con una profunda formación en retórica y filosofía», comenta Ramírez de Verger. Estudió en Atenas y Rodas, fue enviado a Sicilia, donde administró las cuentas de la provincia, se le eligió pretor y luego cónsul, conoció el exilio, estuvo retirado de la vida pública varias veces, fue gobernador en Cilicia (Asia Menor), se casó dos veces y de las dos mujeres se separó, sufrió por la muerte de su hija en un parto que nunca superó y se enfrentó a dos generales, Julio César y Marco Antonio. Murió por orden de este último, a quien acusó de ser enemigo de la República en sus *Filípicas*. La cabeza y la mano derecha de Cicerón fueron expuestas en el Foro de Roma, escenario de sus triunfos.

Tantos avatares pueden explicar sus escritos sobre los muchos temas, y tan variados, que hoy se leen aún con asombro por lo acertado de sus juicios. La colección *Los secretos de Diotima* ha publicado, por separado, varios de ellos traducidos por Antonio López Fonseca. Así, en *Sobre el dolor*, puede leerse: «La grandeza del alma (...) es la sola cosa más bella de todas, y tanto más bella si prescinde de la gente y no busca su aprobación, sino que se deleita en sí misma. Es más, en realidad me parecen más dignas de alabanza las cosas que se hacen sin alarde, sin la gente como testigo».

López Fonseca, catedrático de Filología Latina de la Universidad Complutense, afirma a este diario: «La lectura de

unos textos de más de dos milenios que nos interpelan directamente puede llegar a provocar miedo. ¿Cuál recomendar? Cualquiera de las obras dedicadas a cuestiones éticas porque nos empujará a preguntarnos sobre nuestra propia actitud y la de nuestros semejantes. Y es que Cicerón tiene mucho que decirnos sobre nuestro miedo al dolor o la muerte, nuestro deseo de llegar a una vida feliz, de enfrentarnos a la vejez ('No entiendo a qué aspira la avaricia de los ancianos. ¿Qué puede haber más disparatado que, cuanto menos queda del camino, acumular más provisiones?') o de discernir los auténticos deberes».

DAR Y RECIBIR

En *Sobre la amistad*, escribió Cicerón: «Lo cierto es que resulta demasiado estrecho y pobre reducir a un cálculo la amistad de manera que sea igual el cómputo de lo que se da y lo que se recibe. A mí me parece que la auténtica amistad es más rica y sencilla y no hay que andarse con miramientos, no vaya a ser que se devuelva más de lo que se ha recibido». Emilio del Río considera que *Sobre la amistad* «tendría que ser obligatoria en la ESO».

¿No suena esta música a Montaigne? López Fonseca considera que si bien Montaigne pasa por ser el creador del ensayo como género, Cicerón ya escribió ensayo. Ve también otra similitud, la personalidad compleja de los dos casos. Y si bien al principio el pensador francés del siglo XVI no le apreció, acabó comprendiendo que había sido «injusto» con Cicerón.

No debe olvidarse *Sobre los deberes*, tan alabado por Voltaire como por Federico el Grande. Fue concebido como una larga epístola dirigida a su hijo Marco y aquí «abandona la especulación del diálogo filosófico para exponer un tratado de moral práctica» (López Fonseca). Aborda lo honesto, la sabiduría, la

injusticia, la fortaleza... y lo honesto.

«En Cicerón podemos encontrar respuestas para los accidentes y avatares de la vida, sabiduría para arrostrar las perturbaciones del alma, filosofía para llegar a la felicidad, filosofía para la vida, sin más», dice Antonio Ramírez de Verger. «Si tuviera que recomendar solo un título, me decantaría por *Sobre los deberes*, especialmente valioso por su valor en la formación individual (del hombre) y del ciudadano (del ciudadano en la sociedad): es útil como ética personal y civil».

Josep María Pou elige la palabra «integridad» para acotar la personalidad de Cicerón. «Me atrevería a decir que quiso ser amigo de todos y no lo fue de nadie», considera López Fonseca. «Medró socialmente hasta llegar a la más alta magistratura, el consulado, y ello sin vencer en ninguna batalla, ni arrollar a sus enemigos, ni anexionar tierras. Fue el precursor del 'profesional liberal' de nuestro tiempo, el primer hombre libre, en el sentido de la moderna sociedad. Libre, sí, pero solitario».

Mucho escribió Cicerón a lo largo de sus 63 años [28 volúmenes en la Loeb Classical Library, apunta Luis Alberto de Cuenca] y muchas frases, a veces utilizadas como eslóganes, se le atribuyen. Valgan estas elegidas por Emilio del Río: «Sin amistad la vida no vale nada», «De fuertes es no desfallecer en las adversidades», «La Historia es maestra de la vida y testigo de los tiempos», «La justicia es la reina de las virtudes» o «Cedan las armas a las togas».

José María Pou elige otras: «Para ser feliz sólo necesito un jardín y una biblioteca» y «Una casa sin libros es como un cuerpo sin alma». O «Prefiero la compañía de los libros, son los únicos amigos que no te traicionan». Y agrega: «¡Qué cerca me siento de su humanismo!». Y lo dice como un convencimiento sereno y profundo.

ILUSTRACIÓN
DE AKIRANT

MANUEL
LLORENTE

violencia: había que impedir que César se hiciera con todo el poder y acabara con la democracia a través de la propia democracia, sin matar a nadie. Catón le llamó 'Padre de la patria'».

De hecho, cuando Cicerón se opuso al triunvirato de César,